
El legado teórico de la Escuela de Frankfurt

José Szabón*

La tesis de este trabajo es que la teoría crítica de matriz frankfurtiana, con todas sus resonancias conceptuales y metodológicas en la reflexión filosófica y social, debe verse como una provincia de la teoría política, con su propio centro de gravedad y sus propias aperturas a las exigencias actuales de un pensamiento emancipatorio. Ciertamente, esta caracterización impone de entrada un imperativo exegético y una empresa reconstructiva.

El hecho de que no exista un campo unificado de sus realizaciones -correlativo de las implicaciones de un sentido fuerte de teoría-, un ámbito sistemático en el que ocupen su lugar sin forzamientos los aportes singulares de sus practicantes, no debe verse como una señal de inconsistencia que morigeraría el valor de sus contribuciones, sino como su propio estatuto histórico, tal como en todo momento existió en cuanto impulso programático renuente a la codificación de sus contenidos. Lejos de decantar un formato canónico respecto del cual pudieran medirse desviaciones y apostasías, la vitalidad de la teoría crítica sólo pudo establecerse, y en particular sólo es identificable en esta época, como tradición e incitación apta para plegarse a diferentes continuidades y campos de ejercicio. Dos restricciones, sin embargo, se imponen: una externa, referida al ámbito cultural más abarcativo, y otra interna, vinculada a cuestiones de léxico y definición. En

* Universidad de Buenos Aires, CONICET.

el primer caso, es necesario precaverse contra la inflación de la fórmula y su desvaída utilización, particularmente vigente en la producción universitaria norteamericana: la conexión frankfurtiana sólo existe en una porción reducida de quienes fatigan la etiqueta de la Critical Theory. Un expresivo ejemplo de esta situación es una recientemente aparecida guía de estudios -una *User-Friendly Guide* que, bajo el título de Critical Theory Today (y con un primer capítulo llamado “Todo lo que Ud. quería saber sobre la teoría crítica pero temía preguntar”), enumera y describe la crítica deconstructiva, la crítica feminista, el estructuralismo, los estudios postcoloniales, etc., sin la menor referencia a la Escuela de Frankfurt o a sus integrantes (la escueta indicación bibliográfica de Dialéctica del iluminismo es la única -y no identificada- huella de la corriente)¹. Por tanto, el primer recaudo es tomar en cuenta esta deriva del término y descartar a sus usuarios no vinculados con la mencionada “tradicción”. El segundo recaudo, en cambio, es propio de una inspección interna de la tradición, y tiene que ver con la imposibilidad de restringir la acepción de “teoría crítica” a las formulaciones inaugurales que dieron de ella sobre todo Horkheimer, pero también Marcuse². Los textos respectivos, con toda la importancia que cabe adjudicarles por el sentido instaurador que revistieron en su momento, no tienen un valor normativo ni prescriptivo, y menos poseen un significado que pueda correlacionarse con aseveraciones políticas permanentes en el flujo de producciones a que dio lugar esta orientación filosófico-social. Baste mencionar que la recapitulación horkheimeriana que prologa la reedición de sus artículos con el nombre de Kritische Theorie busca inmunizar a sus lectores contra las posibles implicaciones revolucionarias de los textos, advirtiéndoles también -estamos en 1968- que la condena a la participación norteamericana en la guerra de Vietnam sería una actitud contraria a la teoría crítica³. Disociar, pues, una fórmula emblemática y aún servicial del uso que le dieron sus propios creadores, es necesario para no comprometer el examen con limitaciones individuales y contextuales que lo confundirían.

En sus inicios, el grupo de intelectuales que luego decantaría un cuerpo de ideas convencionalmente identificado por su adscripción a una “Escuela de Frankfurt” elaboró y asentó una conexión flexible entre la teoría y la praxis en estrecho contacto con otras individualidades que suscribían una versión más principista y “clásica” de ese nexa. Los encuentros de la Semana de Estudios Marxistas que en la Alemania aún post-revolucionaria de 1923 atarearon a Friedrich Pollock, Felix Weil, etc., no sólo tuvieron lugar con la presencia de militantes partidarios como Georg Lukács y Karl Korsch, sino que en gran medida estuvieron dedicados a la discusión de *Marxismo y filosofía*, un texto de Korsch que se publicaría durante ese mismo año y que estaba precisamente centrado en la conexión normativa de una articulación entre construcción teórica y estrategias de acción⁴.

Más allá de ese contacto puntual con “políticos” de renombre (Lukács y Korsch fueron dirigentes comunistas y ministros, respectivamente en Hungría y en Turingia) y de la inserción, menos episódica, de figuras partidarias en el per-

sonal del Instituto (Karl Wittfogel, Richard Sorge, etc.), lo que estuvo claro desde el comienzo en el proyecto frankfurtiano fue la naturaleza mediada de esa empresa intelectual: las elaboraciones teóricas y los trabajos de investigación que el Instituto realizaría estaban destinados a nutrir de recursos al movimiento revolucionario, pero sin plegarse a las concepciones programáticas o cualquier otro imperativo de sus formas partidarias (análogamente, los lazos con las instituciones soviéticas -tanto la colaboración con el Instituto Marx-Engels como la visita de investigación sobre temas de planificación que efectuó Pollock a Moscú en 1927- se desarrollaron con la premisa de una total independencia de los estudiosos frankfurtianos). De acuerdo al propósito fundacional, se buscaba promover una investigación social y una producción teórica cuyos destinatarios clasistas eran el proletariado y sus organizaciones de combate, pero sin abdicar el pleno control de la capacidad reflexiva y el impulso experimental que los movía en cuanto grupo de asociados que se asumían ajenos a compromisos con instituciones académicas o con partidos políticos. En este sentido, el Institut für Sozialforschung constituyó un centro intelectual enteramente original y una variante sui generis del marxismo occidental, con el que se lo suele identificar hasta el punto de convertirlo en su exacto epítome: en esta brecha entre el paradigma y el caso singular debe ubicarse la caracterización del pensamiento político frankfurtiano. En efecto, el rótulo considerablemente retrospectivo de “marxismo occidental”⁵ siempre remitió la plenitud de la acepción al momento inaugural de su constitución como un reclamo antidogmático de vitalización filosófica del pensamiento estratégico: era en el terreno de la política de clase donde se dirimía el valor correctivo de los conceptos dialécticos, parte principal de aquel “legado” de la filosofía clásica alemana cuyo receptor y beneficiario había discernido Engels en el proletariado. Si *Marxismo y filosofía* e *Historia y conciencia de clase*⁶ habían sido los contemporáneos y convergentes textos fundadores del marxismo occidental, uno y otro inculcaban esa admonición básica que promovía la dialéctica a autoconciencia de la praxis: de allí la formulación casi equivalente de “marxismo hegeliano”. Ahora bien, cuando en la segunda mitad de los años veinte el decurso del movimiento obrero sancionó la inviabilidad de esa directiva filosófico-política (corroborada, asimismo, por la marginación de sus promotores), el “marxismo hegeliano” sufrió no sólo una mutación de sus soportes, sino también una desestructuración de los componentes que lo habían hecho nacer: en adelante, el sujeto de la teoría no sería ya, prescriptivamente, el generador de una praxis iluminada por ella y al mismo tiempo rectora de sus modulaciones concretas.

Ya en 1931 la “actualidad” de la filosofía implicaba, para Adorno, que ésta debía “aprender a renunciar a la cuestión de la totalidad” (1991: 90), con lo cual se abolía la pieza maestra de la demostración lukacsiana de la inteligibilidad práctica y reflexiva del proletariado como sujeto histórico (el ulterior postulado -de 1966- según el cual si la filosofía seguía viva era “porque se dejó pasar el momento de su realización” (Adorno, 1975: 11), complementa esa ascética renuncia y

muestra a la vez la constancia del escepticismo político del autor). En su nuevo emplazamiento, el “marxismo hegeliano” perderá cualquier rasgo de autosuficiencia y se establecerá, más bien, como un polo de integración de motivos e incitaciones de diversa procedencia: psicoanálisis, antropología, crítica nietzscheana, etc.: la teoría política resultante se dislocará, en consecuencia, tanto en virtud de la agregación disímil de los recursos disciplinarios en los diversos integrantes de la “Escuela”, como por efecto del desciframiento que ésta hacía de la cambiante situación del mundo. Si bien es imposible hablar de una concepción unificada de esa teoría, sí cabe destacar la existencia de un corpus considerable de realizaciones que, según sea la óptica del intérprete actual, pueden entenderse bien como testimoniales, como “clásicas”, o como abiertas aún a un desarrollo productivo.

Una enumeración de aquellas áreas en las que el legado del pensamiento político de la Escuela de Frankfurt se ha revelado productivo, permitiendo una articulación de la actual reflexión teórica con los desarrollos e incitaciones de su período “clásico”, debe tener en cuenta los siguientes temas y cuestiones.

En primer lugar, los relativos a las caracterizaciones del fascismo. En su momento, y por razones obvias, una proporción considerable del trabajo del Instituto, o de los intelectuales a él asociados durante períodos variables, se consagró a la dilucidación de la real naturaleza y funcionamiento de los regímenes dictatoriales de derecha y, principalmente, el de la Alemania nazi. En la medida en que, durante los años treinta, cualquier interpretación sistemática del nacionalsocialismo implicaba definiciones en varios planos analíticos (política y jurisprudencia, cultura e ideología, etc.), pero también organización económica, relaciones internacionales, etc.), los estudiosos del Instituto se vieron llevados a elaborar modelos integradores, a su vez dependientes de tipologías más abarcativas. En la elección de estas últimas se delineó un terreno de disensión, francamente admitido, que enfrentó a Pollock y Horkheimer con Franz Neumann a propósito de la conceptualización más adecuada de los procesos económicos en curso en la Alemania nazi⁷. En tanto los primeros -y particularmente el economista Pollock- tendían a subsumir el caso alemán dentro del modelo general de un “capitalismo de Estado” (modelo, aclaraba Pollock, en el sentido de un tipo ideal weberiano), Neumann, en vísperas de concluir su obra fundamental sobre Alemania, alegaba que no veía en este país una situación “remotamente parecida al capitalismo de estado” (Wiggershaus, 1994: 285). Aunque uno y otro inscriben la economía alemana en el totalitarismo, las fórmulas respectivas difieren significativamente en carácter y proyecciones, pues el “capitalismo de Estado en su forma totalitaria” (Pollock, 1973: 199)⁸ de Pollock atribuye al Estado respectivo una capacidad plena de control de la economía en beneficio de un grupo dirigente que, en cuanto “coalición” (1973: 201), revela capacidades organizativas, formas coordinadas de dominio y, en definitiva, “la primacía de la política sobre la economía” (Jay, 1966: 155)⁹. Por el contrario, la “economía monopólica totalitaria” de Neumann supone la continuidad del capitalismo monopolista bajo la cobertura dictatorial, la permanencia de la es-

estructura social clasista, y la precariedad de la coalición gobernante, que en definitiva deja a la vista las grietas del sistema de dominio (a esto último apuntaba el título: réplica del Behemoth hobbesiano, el Estado nazi sería “un no-estado, un caos, un imperio de la anomia y la anarquía”) (Neumann, 1983: 11)¹⁰.

El libro de Franz Neumann, *Behemoth. The structure and practice of national socialism*, pone en evidencia inmejorablemente las distintas formas de perduración de una gran obra, en este caso una de las pertenecientes a la tradición viva de la Escuela de Frankfurt. Pues a diferencia de otros textos representativos de la corriente -pensemos en *Dialéctica del iluminismo o Crítica de la razón instrumental*-, no se trata de un “clásico” apto para la recomposición de los fundamentos de una orientación teórica, pródigo en inspiración para esa exégesis pero irremisiblemente abocado a su fijación en la historia de las ideas. Su vigencia tiene un carácter distinto en virtud de que la continua reelaboración conceptual del área en la que se inscribe apela a él como una pieza polémica en confrontaciones actuales sobre los modelos más productivos y consistentes en la interpretación del nazismo.

Compuesto en 1941-42 con el limitado acopio de fuentes documentales a que se veía constreñido el autor en razón de su radicación en Estados Unidos como exiliado antifascista, y publicado en ese último año, *Behemoth* ofreció una vigorosa descripción del “módulo político del nacional-socialismo” que, aunque siempre mencionada con deferencia por especialistas posteriores y más documentados, ha incrementado sensiblemente su significación y pertinencia en el marco de los debates actuales.

Estos últimos, y en particular los referidos a los polares criterios de interpretación del nazismo, que respectivamente asignan un peso determinante en la evolución y dinámica de ese régimen a los factores intencionales (de donde las problemáticas de la personalidad carismática del líder, la explicación del proceso en virtud de las decisiones individuales del Führer, etc.) o bien a las dimensiones estructurales del régimen (y, por tanto, a la índole funcional de las decisiones políticas), han restituido actualidad al *Behemoth* de Neumann¹¹. En efecto, los historiadores de la corriente “estructuralista” (indistintamente llamada “funcionalista”) han recuperado la perspectiva neumanniana para oponerse a la importancia excesiva concedida al papel de Hitler en la explicación, con todos los desbordes psicologistas a que esa atribución dio lugar en la bibliografía sobre el nazismo. Baste citar, como ilustración de esta vitalización de un autor frankfurtiano, a Ian Kershaw, quien recupera el planteo de *Behemoth* de una alianza de bloques (movimiento nazi, gran capital, ejército) (Kershaw, 1992: 111-112) y sitúa claramente a la tendencia “estructuralista” en la estela del “análisis magistral” del Neumann de los años cuarenta (Kershaw, 1992: 135); a Pierre Ayçoberry, en su revisión general de las interpretaciones del nazismo, donde -luego de indicar los logros analíticos y los aciertos proféticos del libro de 1942- recomienda examinar

minuciosamente el desarrollo del libro para descubrir, en cada una de sus partes, “el germen de las investigaciones de los historiadores ulteriores” (1979: 138); a Tim Mason, en fin, para quien *Behemoth* era “la mejor obra sobre el Tercer Reich” (además de un valioso testimonio del valor de la historiografía marxista) (1995: 53) y que tenía a su autor -según recuerda la editora de una compilación póstuma de sus escritos- como uno de sus dos mentores en la profesión (el otro era Edward Thompson) (Caplan, 1995: 3-4). Muy recientemente, un estudioso alemán, Jürgen Bast, dedicó un volumen a la reconstrucción del análisis neumaniano de las estructuras políticas y jurídicas del aparato de poder nazi (1999: 300-301), articulando la exposición a partir del funcionamiento del sistema político del pluralismo, inicialmente en la democracia de masas weimariana y finalmente en una paradójica acepción en el nacionalsocialismo. Bast hace notar que para Neumann pluralismo y totalitarismo no eran antinómicos, sino momentos constitutivos simétricos del funcionamiento del poder nazi, lo que justificaba su fórmula de un pluralismo de las organizaciones totalitarias. Las nutridas referencias a los estudios contemporáneos sobre Neumann que figuran en la sección introductoria del libro de Bast constituyen también un testimonio expresivo de la no agotada productividad de los inaugurales planteos sistemáticos de comienzos de los años cuarenta (1999: 1-7)¹².

Otro politólogo frankfurtiano incorporado a los desarrollos presentes de la ciencia social es Otto Kirchheimer (1905-1965), integrante asimismo de la diáspora norteamericana del Instituto y compañero de tareas de Franz Neumann, con quien había compartido en Alemania tanto la militancia socialista como la práctica jurídica. La re inserción del pensamiento de Kirchheimer en las elaboraciones teóricas actuales tuvo lugar en el campo de los estudios criminológicos, a partir de la reedición de *Punishment and Social Structure*, una obra que compuso en colaboración con Georg Rusche a fines de los años treinta y que, habiendo sido en su momento la primera publicación en inglés del Instituto, se convirtió, con la mencionada reedición, tres décadas después, en un texto clásico dentro de la disciplina. *Pena* (o *Aplicación de la pena*, en su versión alemana) y *estructura social* (Rusche y Kirchheimer, 1978) fue considerado, en oportunidad de esta exhumación, una decisiva fuente de inspiración para los esfuerzos tendientes a examinar con criterios históricos y materialistas la naturaleza y funcionamiento de los sistemas penales, con un aliento inaugural que cristalizó en la denominación de “criminología crítica” como fórmula descriptiva de la tendencia renovadora de la disciplina. Su remisión a las cuestiones de la organización del trabajo y la ideología que ésta expresa, así como la conexión de ambas con los más englobadores procesos de control social, hicieron de la obra de Kirchheimer un *pendant* natural de los temas análogos que contemporáneamente trataba Michel Foucault, particularmente en *Vigilar y castigar*. Esa tácita confrontación ponía de relieve las ventajas metodológicas del tratamiento kirchheimeriano en la medida en que los conceptos determinados y la especificación genética volvían manifiesta la derivación de la idea de

“disciplina” a partir de las mutaciones en la organización capitalista del trabajo, en tanto la similar noción de Foucault invierte la secuencia y debilita la especificidad de la idea disciplinaria al difundirla de manera uniforme en una pluralidad de esferas (Melossi, 1974: 14) (en este mismo sentido, la expansión omnicompreensiva del concepto foucaultiano de “panoptismo” también vulnera la exigencia de determinación categorial -a propósito de la disciplina- y debilita la posibilidad de identificar las fuentes del poder real) (Cacciari, 1993: 227-238).

Si la repercusión de los trabajos relativos al condicionamiento social y económico de la legislación penal se produjo en forma diferida -es decir, cuando mucho tiempo después de aparecido *Punishment and Social Structure* y en una escena intelectual modificada los criminólogos de orientación marxista se propusieron refundar en forma “crítica” el campo de su especialidad-, ya en vida de Kirchheimer sus aportes a la teoría política fueron valorados como renovadores, particularmente en dos temáticas: la de la emergente transformación del formato e intervención estatal de los partidos políticos, y por otro lado la de la politización de la justicia. En el primer caso, se ha considerado que Kirchheimer fue el primero en advertir la mutación que tenía lugar tanto en la composición de la base social de los partidos como en la actitud característica que éstos adoptan en los procesos de formación de los gobiernos (Herz, 1972: 285-287). Fue Kirchheimer quien aclimató famosamente la descripción de *catch-all-party* para definir al nuevo tipo de partido que sustituía a las antiguas formaciones de rígida formación clasista o religiosa. En *The Transformation of the Western European Party System* y en oposición a diagnósticos como los de Duverger (que indicaban la modernidad del partido de masas frente al tipo clientelar norteamericano), indicó esa emergencia como característica de los sistemas políticos del capitalismo tardío. Ciertamente, en cuanto antiguo militante de un partido de masas típico como la socialdemocracia alemana, su comprobación connotaba pesimismo y desencanto, acentos que no fueron retenidos por el medio receptor estadounidense, el cual sencillamente neutralizó su lectura de los cambios en curso, allanando su inclusión entre los hallazgos operativos de la ciencia política (Bolaffi, 1982: XIV-XVIII).

Conectado con la cuestión del cambio estructural del partido político, figuraba el otro asunto examinado por Kirchheimer: el debilitamiento de la “oposición de principio” que estaba en la base del juego de alternancia en el gobierno. Se abría paso un nuevo modelo -que él analizaba a partir del caso austríaco, pero que luego se reproduciría en Alemania Federal- del “cartel” de partidos o de grandes coaliciones; algo que, en el mismo tono pesimista, Kirchheimer juzgaba como una tendencia involutiva de los sistemas políticos.

La otra temática encarada por Kirchheimer tiene afinidad con sus exploraciones sobre política penal en el libro en el que colaboró con Rusche: *Political Justice* (1961) estudia las estructuras de diversos sistemas políticos y jurídicos con el fin de establecer la utilización de los procedimientos legales con fines políti-

cos. Investigadores que aprovecharon su enseñanza en ese período de su radicación norteamericana han juzgado “clásico” el tratamiento que dio Kirchheimer a cuestiones como el delito político o el juicio político (Herz, 1972: 286)¹³, entre otras situaciones enmarcadas en las modalidades según las cuales el Estado lleva a cabo la administración del derecho.

Hay aún otra faceta de la producción intelectual de Kirchheimer actualmente revaluada en función de una configuración contemporánea de intereses teóricos que están centrados en la dilucidación de “lo político” como dimensión ontológica y fundante de la institucionalidad jurídica y estatal. Nos referimos a las reflexiones hermenéuticas y a los intentos reconstructivos que tienen por objeto la exploración sistemática de la *oeuvre* de Carl Schmitt y, dentro de ella, de las producciones del período de entreguerras: en cuanto brillante discípulo de Schmitt durante ese lapso, Otto Kirchheimer también ha reclamado atención en su doble carácter de acólito y contradictor, es decir tanto, por su original simbiosis de motivos schmittianos y categorías marxistas durante los años veinte y treinta, como por el carácter de sus réplicas teórico-políticas al maestro en el último de esos decenios. Ciertamente, la actual atracción que suscita la obra de Schmitt -y, parcialmente en su órbita y parcialmente fuera de ella, la de Kirchheimer- debe enmarcarse en la más general fascinación suscitada por la República de Weimar en la múltiple significación que ésta reviste como experiencia histórica singularísima (“laboratorio” político y cultural de tendencias antagónicas, escenario paradigmático de crisis y conflictos, aciago prólogo de un “resistible ascenso” dictatorial, etc.).

Son entonces los ensayos escritos por Kirchheimer durante la República y luego de su caída los que concentran el interés de los politólogos, en coordinación inmediata con elementos doctrinarios schmittianos y, más en general, con la cultura política socialdemócrata y marxista de la época. El centenar de páginas que dedica Angelo Bolaffi a introducir una selección de escritos de Kirchheimer de los años 1928 a 1933 es un buen ejemplo de la mencionada recepción¹⁴. Bolaffi estudia el desarrollo del pensamiento político kirchheimeriano durante ese período en estrecho cotejo exegético con las obras de Schmitt en las que el mismo se apoya, y asimismo con las necesarias referencias a aquellos planteos socialdemócratas coetáneos -como los de Otto Bauer o Max Adler- que Kirchheimer tenía en cuenta en la elaboración de su propia posición. Ésta, en definitiva -tal la tesis del ensayo de Bolaffi- recupera la problemática schmittiana en sus núcleos más incisivos: el señalamiento de las aporías del parlamentarismo moderno y el modo en que ellas gravitan en las vicisitudes de la República de Weimar, el énfasis en un concepto sustantivo (y no meramente procedimental o formalista) de la democracia, la necesidad principista de un contenido decisonal en la Constitución (capaz de articular fines políticos), etc., sin por eso seguir las opciones últimas de Schmitt, particularmente en la resolución concreta -hacia 1932- de la tensión entre legalidad y legitimidad. Si en un primer momento un leninismo asumido en clave soreliana había aproximado los desarrollos de Kirchheimer a la con-

cepción schmittiana de la dictadura, un ulterior giro “luxemburguiano” en su pensamiento lo hará tomar distancia de aquella actitud, en consonancia con una valoración afirmativa de la legalidad en un momento en que se ciernen amenazas sobre la permanencia de la República: el desenlace reaccionario de la crisis situará, entonces, a Schmitt y Kirchheimer en frentes opuestos¹⁵.

El hecho de que Kirchheimer comenzara su asociación con el Instituto de Frankfurt (en el exilio) solamente a partir de 1937, podría hacer pensar en la irrelevancia de la consideración de sus años de Weimar cuando se trata de establecer un cuadro panorámico de la incidencia del pensamiento político frankfurtiano en la investigación y la reflexión teórica presente.

No obstante, ha sido justamente la revisión de la obra de Carl Schmitt y la evaluación de su influencia la que ha conducido a una apreciación -sin duda problemática, y en ocasiones especiosa- de una conexión mucho más que episódica de la herencia schmittiana con las fases formativas de varias personalidades que se integraron, en distintos momentos, a las actividades del Instituto. Si bien existen estudios particularizados que vinculan a Schmitt con cada una de esas figuras, un encuadre de conjunto es el ofrecido por Ellen Kennedy (traductora y aclimatadora de la obra de Schmitt en Estados Unidos) en un artículo que suscitó diversas réplicas y fue publicado por la revista norteamericana *Telos*, a su vez conspicua caja de resonancia del *revival* de Schmitt en ese país (1987: 37-66)¹⁶.

Sin duda provocativo, el recuento de los contactos personales e ideológicos de Schmitt con Kirchheimer, Neumann y Benjamin, de los ecos favorables de su obra anterior a 1933 en la revista del Instituto (uno de cuyos comentaristas fue Karl Korsch) y de la incorporación de algunos de sus planteos en la teorización temprana de Jürgen Habermas, constituyó un drástico intento de refiguración de la historia intelectual que enmarcó la génesis de la teoría crítica. Esta última, en opinión de Kennedy, resulta inadecuadamente comprendida si no se recupera en plenitud la riqueza de los debates sobre Estado y política que atarearon a los intelectuales del período weimariano: en particular, la crítica de las instituciones liberales fundamentada por Schmitt habría cautivado hasta tal punto a los futuros impulsores de la teoría crítica que la amputación de ese fermento y su tácita denegación en las historias de la corriente no harían justicia a la articulación interna de sus ideas. Las alegaciones presentadas al respecto incluyen, además del bien documentado y conocido caso de Kirchheimer -aquí rotulado “el más importante ‘schmittiano’ de izquierda”- (Kennedy, 1987: 47), también los de Franz Neumann y Walter Benjamin. El primero, tanto por su trato personal con Schmitt -de quien fue alumno en 1930-32- como sobre todo por la aplicación de conceptos schmittianos que efectuara en sus trabajos de esos años. El segundo, por su explícita incorporación de nociones derivadas de Schmitt en la interpretación de la singularidad del drama barroco alemán, así como por el reconocimiento de esta deuda en una carta por él dirigida a Schmitt¹⁷ y en un curriculum vitae redac-

tado contemporáneamente¹⁸ (se puede agregar que el nexo que aquellas nociones -“soberanía” y “estado de excepción”- establecen entre las respectivas concepciones de Schmitt y Benjamin ha ocupado recientemente a otros comentaristas)¹⁹. El filósofo frankfurtiano más detalladamente escrutado por Ellen Kennedy para defender su tesis de la invasora presencia de Schmitt en la teoría crítica es -con un ademán intencionadamente polémico en virtud de la influencia actual de sus ideas- Jürgen Habermas, de quien afirma que su deuda al respecto, explícita en obras tempranas (por ejemplo en el libro sobre la opinión pública), subsiste implícitamente después, ya que los argumentos de Schmitt suministrarían la base teórica del análisis del Estado en el capitalismo tardío y también las posteriores disquisiciones sobre el orden constitucional a propósito de la situación en Alemania Federal (Kennedy, 1987: 61). Si en todos los casos individuales considerados el propósito de Kennedy es mostrar que los opuestos valores y fines políticos de los frankfurtianos respecto a los defendidos por Schmitt no pueden disimular su apelación a la misma argumentación formal propuesta por este último, la existencia de esa brecha resultaría más patente en Habermas, quien, a diferencia de Kirchheimer y Benjamin, por ejemplo, no descarta los principios liberales sino que busca fundar en ellos una renovada filosofía política y un modelo de interacción social guiado por normas racionales y criterios ético-discursivos.

Previsiblemente, ese inquietante desplazamiento de la producción frankfurtiana a zonas internas del archipiélago doctrinario schmittiano -convenientemente designadas con el rótulo “schmittianismo de izquierda”- no dejó de suscitar réplicas animadas que ponían en juego los diseños plausibles de una historia intelectual de la teoría crítica. Varias de esas réplicas aparecieron en el mismo número de *Telos* en el que Kennedy exponía su interpretación. Martin Jay, acusado por esta autora de pasar por alto “discretamente” (Kennedy, 1987: 45) el peso de la influencia schmittiana en su narrativa de los orígenes y desarrollos de la Escuela de Frankfurt, hizo notar -bajo el retórico encabezamiento interrogativo “¿Reconciliar lo irreconciliable?”- la inconsistencia de las tesis kennedyanas, inevitablemente abocadas a un “singular empobrecimiento del pensamiento político contemporáneo” (Jay, 1966: 80). Benjamin, Neumann y Kirchheimer, alega Jay, se interesaron por las ideas de Schmitt mucho antes de su incorporación al Instituto de Frankfurt, y cuando ésta se produjo, tanto la crítica interna de ese pensamiento como la evaluación de su desemboque en una legitimación del Estado nazi los llevaron a denunciarlo inequívocamente. Pero sobre todo, la incompatibilidad del pensamiento de Schmitt con el de los miembros del Instituto estaría en que éste último, con distintas gradaciones, se vio afectado por la dialéctica hegeliana en la conceptualización de los problemas, mientras que la incompatibilidad de dialéctica y decisionismo, en el caso de Schmitt, marca una diferencia insalvable (Jay, 1966: 73)²⁰. En el mismo sentido, y en coherencia con tal modalidad filosófica de apreciación de los procesos y fenómenos históricos, la Escuela de Frankfurt nunca efectuó una denegación total del liberalismo (como sí lo hiciera Schmitt), sino

un escrutinio severo de sus logros y sus fracasos como premisa de la reconducción de algunos de sus componentes válidos en una sociedad deseable. Lo que, por lo demás, se pondría en evidencia en las posiciones de Habermas, el filósofo más injustamente tratado por Kennedy en su diseño tendencioso de la “herencia” izquierdista de Schmitt.

Con la exposición de la radical incompatibilidad de la visión habermasiana de la democracia respecto de la opción plebiscitaria de Schmitt, así como del básico distanciamiento de una noción hobbesiana de soberanía en aquella concepción, Jay, en definitiva, desestima enfáticamente cualquier posibilidad hermenéutica de lectura que concluya, como la de Kennedy, en la existencia de un “argumento formal” común a Habermas y Schmitt. En esta última asimilación de posiciones insisten Ulrich Preuss y Alfons Söllner para mostrar su inconsistencia y rebatir la validez de la interpretación revisionista. Preuss enumera los distintos lugares en los que la formulación de Kennedy es claramente impropia para describir una comunidad de perspectiva en Habermas y Schmitt: por ejemplo, indicar “una tensión entre principios y realidad en la constitución liberal” sería, para Schmitt, irrelevante, ya que para él la antítesis se da entre los principios del liberalismo y los principios de la democracia; más en general, el esfuerzo schmittiano por establecer a lo político en una esfera autónoma en la que se dirime “la decisión existencial entre amigo y enemigo” (Preuss, 1987: 103-104) es claramente opuesto a la caracterización de Habermas, para quien la índole “transitoria” de lo político se vuelve visible en el momento en que el poder social toma la forma de una autoridad racional. Análogas contraposiciones son esgrimidas por Söllner en lo que se refiere a la riesgosa aproximación de Habermas y Schmitt, pero su artículo refuta a Kennedy con mayor dilatación, ya que reconstruye la inserción de las ideas del resto de los teóricos frankfurtianos aludidos por esta autora en la más amplia historia de su actividad en Weimar, y después en el exilio. Particularmente en el primer período, durante el cual supuestamente habría actuado sobre ellos la influencia de Schmitt, Söllner encuentra evidencias textuales de una inclinación opuesta: la distinción benjaminiana entre una violencia legítima y una ilegítima; la vigencia, en Kirchheimer, de un paradigma crítico marxista que, sobreimpuesto a las nociones schmittianas, movilizó en parte de su producción; la afinidad de las posiciones de Kirchheimer, aún en esa época, con otras del campo socialdemócrata (Neumann, Herman Heller, etc.) son referencias que Söllner articula para rechazar, sin miramientos, la interpretación de Kennedy (1987: 81-96). Adicionalmente, reinserta el proyecto intelectual de Habermas en un contexto de historia cultural omitido por esa autora y que mostraría el esfuerzo del filósofo por reconstruir un linaje propiamente alemán a las ideas democráticas, realizado en la década de 1950 e inscripto en dos frentes: la crítica a la nativa tradición de derecha, complaciente con el nazismo, y, simétricamente, la afirmativa recepción de la literatura de la emigración. El carácter de esa iniciativa no podría estar más alejado del círculo de pensamiento schmittiano que Kennedy indica, para esas mismas fechas, como gravi-

tando sobre la obra temprana de Habermas. En resumen, el intenso intercambio polémico²¹ a que dio lugar la coordinación hipotética de dos universos mentales opuestos entre sí en inspiración y proyección es significativo en más de un sentido. Por un lado, se lo puede entender como un episodio, entre otros, del *revival* del pensamiento anti-ilustrado que, en casos como éste, se concentra en la alegada fecundidad de la doctrina de Carl Schmitt para un examen crítico de “las deficiencias del sistema liberal dominante”²². Por otro lado -y esto es más pertinente en nuestro contexto- el ademán anexionista que guía las relecturas de obras de la Escuela de Frankfurt en clave schmittiana constituye un firme reconocimiento de la decisiva inscripción del pensamiento frankfurtiano en el ámbito de la teoría política (es decir, en cuanto área diferenciable de la filosofía de la historia, la teoría estética, la crítica cultural, etc., especialidades más comúnmente vinculadas a su herencia). Esta aserción puede probarse mediante la consideración de otro autor, apenas mencionado hasta ahora pero significativo desde el punto de vista de las demandas hermenéuticas que en los últimos tiempos se han ejercido sobre él para resaltar la índole política de su proyecto intelectual.

En efecto, si no hay autor “frankfurtiano” más comentado y cribado en la actualidad que Walter Benjamin -lo que se puede demostrar tanto por la multiplicación de volúmenes y números monográficos de revistas a él dedicados²³ como por la acumulación de bibliografías siempre provisionales sobre esa misma proliferación-²⁴, tampoco hay uno en el que retorne con más insistencia el desciframiento político de su pensamiento, muchas veces con la intención de incorporar ese legado a una lectura, también política, del presente.

Uno y otro propósito están ejemplificados en los sucesivos trabajos de una especialista de Benjamin, la norteamericana Susan Buck-Morss, quien luego de ofrecer una de las mejores historias de la filosofía dialéctica frankfurtiana (1981) acometió en dos libros posteriores una obra de recuperación del ambicioso diseño benjaminiano de los “Pasajes” que no tiene paralelo en la literatura especializada. El primero de ellos reconstruye creativamente la “dialéctica de la mirada” (Buck-Morss, 1989) que inspiró a Benjamin su articulación de los restos dispersos de la cultura de masas como conjunto significativo que admite la fijación de una verdad filosófica. Cuando los textos de *Passagen-Werk* se dieron a conocer, en la ostensible diseminación de motivos que abarcaba su lábil arquitectura y sus lacónicas referencias a una posterior organización de contenidos, los estudios de ese “torso” (en el que se cifraba, emblemáticamente, una inconclusión literaria y existencial, pero también el signo ominoso de una tragedia más vasta) se interesaron en los fragmentos desde distintas perspectivas, aunque con una marcada tendencia a acotar, como relevantes, los tramos referidos a una eventual filosofía de la historia. Opción ésta, sin duda, facilitada y fomentada tanto por la comparativamente más nítida estructuración de la sección respectiva (Benjamin, 1983/4: 1-40) como por el hecho de que su legibilidad se veía reforzada por las ya conocidas “Tesis de filosofía de la historia” (de acuerdo al nombre convencio-

nal que identificó a la serie de reflexiones en las que la crítica del historicismo se complementaba con observaciones normativas sobre el modo de acceder al conocimiento del pasado histórico)²⁵.

Muy diferente es la actitud de Buck-Morss, quien en un doble movimiento recompone la experiencia histórica de Benjamin y a través de ella ilumina aquella articulación histórico-cultural que suscitó la mirada configuradora del autor de los “Pasajes”. La finalidad declarada de la autora es reanimar “la fuerza política y cognitiva” (Buck-Morss, 1989: IX) que contiene *Passagen-Werk*, bajo el supuesto de su pertinencia no sólo exegética sino activamente interventora en la interpretación del mundo cultural de hoy. El señalamiento de la permanencia de los mitos e imágenes de sueño que la cultura de masas propone a la conciencia del consumidor -ilustrada con frecuentes cotejos de imágenes del siglo XIX y de distintas épocas del siglo XX-, unido a la inteligente reconstrucción de las indicaciones teóricas y metodológicas de Benjamin presentes en los materiales conservados, está orientado con firmeza a ese impulso del “despertar” activo y consciente que el escritor alemán asentó en la obra como criterio estratégico. Tal conquista del conocimiento histórico que rescata el significado político de lo que de otro modo subsistiría como prolongado encantamiento o fascinación letárgica, busca neutralizar la inerte transfiguración del presente que acompaña la función legitimadora de la cultura dominante y propone, en consecuencia, tareas de recuperación coherentes con una percepción modificada y vigilante de ese universo. Así, la motivación político-cognoscitiva del mayor emprendimiento benjaminiano vuelve a encarnarse en un proyecto contemporáneo que entiende a la transmisión de cultura, en las palabras de Buck-Morss, como “un acto político” de decisiva importancia en la medida en que “la memoria histórica afecta decisivamente la colectiva voluntad política de cambio” (1989: XI). En definitiva, *The Dialectics of Seeing* busca hacerse eco de la sugerencia benjaminiana según la cual los sedimentos culturales activos en las imágenes de la experiencia urbana están “políticamente cargados” y pueden “transmitir una energía revolucionaria a través de las generaciones” (Buck-Morss, 1989: 336).

En el segundo de los libros mencionados, Susan Buck-Morss no considera temáticamente los desarrollos de *Passagen-Werk*, pero aplica con creatividad analítica sus intuiciones básicas en una lectura política del presente desencantado que se sirve del léxico y los conceptos benjaminianos para una original apreciación comparativa de la declinación de los sueños colectivos en las opuestas civilizaciones del capitalismo y el socialismo. El abrupto enlace del deseo de plenitud y su abismal hundimiento están inscriptos en la antítesis que da título a la obra *Mundo de sueño y catástrofe*, síntesis expresiva del enfoque crítico de la ilusión y sus resortes fantasmagóricos desde la perspectiva del desastre, *topos* benjaminiano que aquí dilata su potencialidad heurística mediante el sensible tratamiento de Buck-Morss.

Los “mundos de sueño” de la democracia, de la historia y de la cultura de masas son examinados en su carácter de utopías colectivas en trance de agotamiento por efecto de los desembosques deplorables de los dos opuestos sistemas económicos que inicialmente los inspiraron y de los que se sirvieron para legitimarse. Buck-Morss hace explícito su uso de esa noción en la acepción benjaminiana que remarca su ambivalencia: deseo utópico de universos sociales en los que la felicidad personal y la superación de la escasez serían, al fin, posibles, y al mismo tiempo reservas de energía utilizadas instrumentalmente por las estructuras de poder en una dirección destructiva para las masas. La guerra, el terror y la explotación en que se convirtieron las expectativas de varias generaciones corresponderían a los “sueños” de la soberanía de las masas y de la abundancia industrial. En cuanto al anhelo de una cultura para las masas, éste suscitó, como efecto ominoso, un conjunto de “efectos fantasmagóricos que estetiza la violencia de la modernidad y anestesia a sus víctimas” (Buck-Morss, 2000: XI). Escrito desde la perspectiva que ofrece el fin de la guerra fría, el libro es también un registro de las experiencias de trabajo en común de intelectuales del Este y del Oeste para el análisis crítico de sus respectivas sociedades. Las formas específicas que en uno y otro campo asumía la conjunción opositiva de “mundo de sueño y catástrofe” figuraron en la agenda de la propia autora durante sus frecuentes visitas -entre 1988 y 1993- al Instituto de Filosofía de la Academia de Ciencias de Moscú, donde compartió experiencias con especialistas locales en autores de la Escuela de Frankfurt como, precisamente, Walter Benjamin (y Theodor W. Adorno). En una tácita incorporación de claves conceptuales y técnicas de expresión derivadas de Benjamin, Buck-Morss organiza la materia de su libro como una reserva de *aperçus* históricos, reflexiones teóricas e imágenes (fotográficas, pictóricas) que, en conjunto, se ofrecen como piezas de un montaje críticamente orientado a la producción de “shocks”, en la acepción que este procedimiento reviste en la metodología benjaminiana. La apelación a nociones articuladoras como “constelaciones” y “tiempo mítico”, o la dualización de estadios -sueño y pesadilla, imagen y fantasmagoría, utopía y despertar, etc.- como recursos puestos al servicio de una mirada política que retiene la promesa de emancipación contra todos los espejismos de “la argumentación neoliberal” (Buck-Morss, 2000: XIII) es una convincente muestra de la eventual actualización del pensamiento crítico de Walter Benjamin. El inventivo aprovechamiento de ese legado en términos de integración de figuraciones e ideas, del “uso de imágenes *como* filosofía”, está aquí subordinado a una admonición cuya fórmula -“la evaluación del siglo veinte no debe quedar en manos de sus vencedores”- (Buck-Morss, 2000: XV) retoma y prolonga las advertencias dramáticas del autor de las “Tesis”.

La recuperación, en Benjamin, de una crítica cultural políticamente orientada -tal como vimos en Buck-Morss- debe distinguirse de una adhesión a las implicaciones estratégicas de su pensamiento político en la forma que éste toma, por ejemplo, en las “Tesis de filosofía de la historia”. Si bien no se puede decir que

luego de las agrias disputas de los años sesenta (cuando, en Alemania Federal, Adorno y Horkheimer fueron acusados por estudiantes izquierdistas de “traicionar” a Benjamin)²⁶ el tema de la recuperación política de la filosofía benjaminiana haya dado lugar a un verdadero debate, sí puede señalarse una notoria diferenciación de posiciones en cuanto al carácter del legado. Dejando de lado una serie, considerablemente nutrida, de orientaciones de lectura receptivas al esfuerzo filosófico de Benjamin en las dramáticas circunstancias en que redactó las “Tesis”, y por tanto proclives a su caracterización como un documento teórico de perdurable inspiración, se diseñan dos actitudes polares. Por un lado, la de quienes creen encontrar en la crítica del gradualismo socialdemócrata el esbozo de un “mesianismo político” de inquietantes efectos potenciales, ya que las tesis de 1940 no serían “otra cosa que un manual de guerrilla urbana” (Tiedemann, 1983/4: 96); el énfasis en la discontinuidad de la historia y la expectativa de una abrupta entrada en ella del Mesías/proletariado revolucionario constituiría menos un diagnóstico proveniente de Marx que un anhelo propio del “entusiasmo de los anarquistas” (Tiedemann, 1983/4: 95). Esta posición es la de Rolf Tiedemann, editor de las obras de Benjamin y antiguo discípulo de Adorno, quien, en su momento, también había visto con inquietud que el teórico de la obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica se hubiese situado “en los límites del anarquismo”²⁷.

También Rainer Rochlitz, otro estudioso de Benjamin, experimenta similares aprensiones en cuanto a la política de Benjamin en las “Tesis”: la invocación, en éstas, de un “estado de emergencia” como regla, y la aprobación del sentimiento vindicativo en las masas, lo llevan a asociar el temperamento revelado por Benjamin en ese texto con “la ética de ciertos grupos terroristas” en los años setenta. Dado que este último período difería considerablemente de la época de redacción de las “Tesis”, Rochlitz juzga que la mayor influencia política de la obra de Benjamin se ejerció “en nombre de una falsa actualización” (1996: 235). Por otro lado, la incisiva crítica a los fundamentos filosóficos (historicismo) e ideológicos (concepciones del “progreso”) que Benjamin atribuye a la teoría y la práctica socialdemócratas han encontrado un eco favorable en amplios sectores de la opinión, tanto por su sintonía con la crítica filosófica del optimismo ilustrado, y más precisamente con la vertiente frankfurtiana de esa crítica (Mensching, 1980: 157-180) emblemáticamente representada en *Dialéctica del iluminismo* (Horkheimer y Adorno, 1970), como por su congruencia con las imputaciones políticas que tienen como blanco las opciones estratégicas del antifascismo de los años treinta. En el marco de esta última orientación, es significativa la recuperación del pensamiento político de Benjamin que efectúa Terry Eagleton en un brillante estudio que, centrado en las promesas de la “crítica revolucionaria” benjaminiana para la teoría literaria y la crítica cultural contemporáneas, contiene también un sugerente paralelo entre Benjamin y Trotsky que muestra sus afinidades en distintos terrenos, incluyendo aquél referido a la hostilidad manifestada hacia los programas e ideas del Frente Popular en la época mencionada (Eagleton, 1981: 173-175).

Una evaluación panorámica del legado teórico de la Escuela de Frankfurt en la reflexión política contemporánea permite distinguir dos tipos de producciones que, aunque puedan vincularse entre sí, resultan claramente diferenciables: aquellas que prolongan la inspiración de la “teoría crítica” en el establecimiento de un proyecto de teoría social general, y las que sin una ambición análoga exploran -a partir de uno u otro linaje frankfurtiano- las posibilidades de conectar aspectos de aquella herencia con una temática singular del presente. En tanto las producciones del segundo tipo, como se acaba de señalar, son tributarias de una pluralidad de fuentes “clásicas”, las del primer tipo están organizadas en torno a la obra de Jürgen Habermas, y de hecho tienen a éste como su impulsor más prolífico. Las posiciones públicas, el proyecto teórico y la influencia de Habermas son suficientemente conocidos en la actualidad, ya que constituyen una presencia viva y configuradora. Lo que habría que recalcar en el contexto de esta exposición es la modalidad diferencial de esa opción dentro de las continuidades de la teoría crítica. Habermas ha sido explícito al respecto en diversos lugares, y particularmente en su obra principal, *Teoría de la acción comunicativa* (Habermas, 1990): la presentación que allí efectúa de una versión renovada y programática de la “teoría crítica de la sociedad” tiene como premisa razonada la indicación de las causas que bloquearon el desarrollo de su concepción clásica. La extrapolación del concepto lukacsiano de “cosificación” fuera del contexto histórico del sistema capitalista, la amplificación de la razón instrumental a una general “lógica del dominio sobre las cosas y los hombres”, la disociación del enlace crítico de filosofía y ciencia y la concomitante insistencia en una teoría apartada de la práctica, etc., rasgos todos ellos ostensibles a partir de *Dialéctica del iluminismo*, mostrarían para Habermas el fracaso de la original iniciativa del Instituto. Pero tal fracaso, que para él se debe a lo que llama “agotamiento del paradigma de la filosofía de la conciencia”, puede ser superado mediante la sustitución de ese paradigma por una teoría de la comunicación que, en cuanto verdadera heredera de la empresa interrumpida, resultaría apta para asumir las tareas pendientes de la teoría crítica (Habermas, 1990: Tomo I, 480-508 y Tomo II, 527-572). Entendida entonces como alternativa a la filosofía de la historia pesimista y políticamente estéril en que desembocó el impulso frankfurtiano inicial -y cuyas formas categoriales, como ya señalaron otros discípulos de Adorno, acabaron por desvincularse de la historia concreta- (Krahl, 1974: 166-167), la teoría habermasiana de la acción comunicativa, en cuanto supone una teoría de la racionalidad y de la modernidad, ha servido a su autor como una instancia crítica para evaluar un conjunto de direcciones del pensamiento contemporáneo. Entre éstas, merecen destacarse las que filosóficamente se aglutinan en el post-estructuralismo (Habermas, 1989: caps. 7 a 10) y políticamente en el neoconservadurismo²⁸, unas y otras tributarias, en ciertos casos, de ese ataque a la modernidad que Habermas percibe como una amenaza tanto al conocimiento del mundo como a su transformación. Su muy conocida fórmula-consigna referente a la modernidad como proyecto inconcluso (Habermas, 1987: 141-156)²⁹ y, por tanto, necesitado de cumplimiento puede entenderse como un espacio de concentración argumentativa en el que han confluído diversas líneas

de reflexión. Estas abarcan, por ejemplo, la lectura habermasiana del post-estructuralismo (Norris, 1997: 97-123; Couzens Hoy, 1997: 124-146; Schmidt, 1997: 147-171 y Bohman, 1997: 197-220), su ética discursiva (Benhabib y Dallmayr, 1990) o su noción de esfera pública (Calhoun, 1992), pero también cuestiones como la participación política (Eder, 1992: 95-120), la temática adorniana de la dominación (Eder, 1992: 95-120) o la crítica comunitarista del liberalismo (Benhabib, 1992: 39-59), la relación entre moralidad y política (McCarthy, 1992: 51-72) o entre filosofía y práctica social (McCarthy, 1992: 241-260) en el plano de temas y problemas acotados, si bien la orientación habermasiana también ha inspirado elaboraciones sistemáticas de mayor respiro.

Es preciso aclarar que la mencionada orientación no se limita a prolongar o a especificar líneas de desarrollo contenidas en los propios trabajos de Habermas; la yuxtapuesta incorporación de otros mentores por un lado, y por otro la complejización de la teoría para incluir en ella direcciones divergentes o “superadoras” del maestro permiten hablar, en ocasiones, de una crítica inmanente de Habermas en estos autores, que por ello han sido incluidos a veces en una “tercera generación” de la Escuela de Frankfurt (con lo que supone esta noción a la vez de corte generacional y de nuevo comienzo). Ejemplifica esta situación la obra de Axel Honneth, quien en su primer libro (Honneth, 1991), luego de pasar revista a las aporías de la primera teoría crítica, integra la revisión de la segunda con las adquisiciones de una corriente ajena a esa tradición (Foucault) a fin de aprovechar comparativamente los recursos de una teoría del poder sumándolos a los propios del enfoque comunicativo; y en su segundo libro -continuación programática del anterior-(Honneth, 1995)³⁰ retoma el énfasis en una politización de la problemática de Habermas mediante la recuperación de la lucha hegeliana por el reconocimiento como premisa teórica de una conceptualización de las formas normativas que regulan las interacciones sociales. A diferencia de Habermas -piensa Honneth-, se podría fundamentar la teoría crítica en “alguna forma de antropología filosófica” en vez de hacerlo en una concepción lingüística. Se puede agregar que las sugerencias correctivas de Honneth, ligadas por él a la elaboración de una teoría general, representan uno entre muchos casos de acomodación de las concepciones habermasianas a otras iniciativas intelectuales que, reconociendo el valor seminal de la obra de Habermas, buscan integrar sus elementos con una variedad de otras matrices de pensamiento: v.g., desde la hermenéutica de Gadamer (Bernstein, 1983: 184) hasta la teoría de la práctica de Bourdieu (Calhoun, 1995: cap. 5), sin omitir incluso aquellos aspectos del post-estructuralismo que subsistirían en una “tensión fructífera” con la obra en cuestión (Landry, 2000: 99-129).

En cuanto a las que indicamos como producciones de un segundo tipo, éstas, ajenas a un impulso sistemático y volcadas en cambio a la recuperación y aplicación de una herencia singular en una esfera precisa de indagación, podrían distribuirse, para comodidad de la exposición, de acuerdo a las figuras del Instituto que concitan su atención.

Una adecuada representación de este grupo, así como la prueba de la consolidación de una tradición “frankfurtiana” de pensamiento político, la ofrece la obra que William E. Scheuerman consagró a las ideas políticas y jurídicas de Franz Neumann y Otto Kirchheimer y su vigencia en la actualidad. Interesado centralmente en demostrar “la relevancia de los análisis que Neumann y Kirchheimer dedicaron al imperio de la ley en el Estado de bienestar del siglo XX” (Scheuerman, 1997: 6), Scheuerman entiende que esos autores suministraron una cantidad de percepciones agudas sobre el desarrollo jurídico contemporáneo que una teoría democrática de orientación crítica debe, en el presente, tomar en cuenta. En una situación en la que la expansión del aparato administrativo y el surgimiento de nuevas formas de autoridad pública y privada han llegado a ser característicos, resulta pertinente incorporar la lección de los juristas de la Escuela de Frankfurt acerca de los procesos de “desformalización jurídica”. Al describir los aportes interpretativos que los teóricos estudiados realizaron entre los años treinta y sesenta, el propósito de Scheuerman es, además de difundir logros insuficientemente conocidos en el medio jurídico norteamericano, poner en evidencia el estímulo presente de esos resultados para una época, como la actual, en la que se asiste a ataques unilaterales y destructivos contra el derecho formal, ataques -en su opinión- en gran medida debidos a que ese derecho contiene elementos críticos que ponen en cuestión las desigualdades sociales que genera el sistema capitalista (1997: 1-10 y 240-248).

Así como la asimilación productiva de Neumann y Kirchheimer se efectuó -de acuerdo a la iniciativa de Scheuerman- en la consideración de un objeto demarcado y preciso, la desformalización de la ley, las apropiaciones de Benjamin señalan tendencialmente el extremo opuesto: una incitación general y difusa, una conativa amalgama de sus *topoi* y procedimientos con las percepciones electivas del intérprete o el crítico que, así, dota a su trabajo de un dispositivo hermenéutico pródigo en iluminaciones. Si las obras ya comentadas de Susan Buck-Morss muestran la posibilidad de una lectura política del presente investida de proféticas claves benjaminianas, la virtualidad de estímulos provistos por este autor se extiende a otros campos conexos. Hay, así, una política de la memoria, como la que Jonathan Boyarin buscó fundamentar articulando la constelación de imágenes parisinas de Benjamin con las experiencias de los judíos polacos de París que recogió su propio estudio etnográfico (1992). Hay una política de la historiografía, como la que Irving Wohlfarth pone en evidencia en un conspicuo estudio (1986: 559-609), así como hay otra, filosóficamente razonada por Reyes Mate, de la propia historia (1991: 49-73); sin olvidar, desde luego, la política de la cultura, dilucidada admirativamente por tantos intérpretes de Benjamin³¹. Variaciones más lábiles pueden encontrarse asimismo en quienes hallan en esa proteica reserva una política de las imágenes (Weigel, 1996: 1ª sección), una política del lenguaje (García Düttman, 1991: 528-554), una desmitificación de la metrópolis (Gilloch, 1996) y, en este último terreno, mediado por el surrealismo, incluso un

“marxismo gótico” (Cohen, 1993: cap. 1). Es notorio el contraste entre esta disponibilidad prismática de lo político benjaminiano y la más opaca pantalla que ofrece Adorno para un acercamiento similar. Los atributos de “quietismo temperamental” (Jameson, 1990: 249) o “escepticismo político” (Vacatello, 1972: cap. IV) que se le asignan, el “diferimiento de la praxis”³² o la “ciencia melancólica” (Rose, 1978)³³ en que culminaría su obra, la carencia de ilusiones sobre la edificación de una sociedad más humana “a través de medios políticos de algún tipo” (Jay, 1984: 243) que se le imputa, etc. son todas percepciones de una incolmable escisión entre la filosofía adorniana y su eventual proyección política en el presente. Ciertamente, se podría matizar este juicio si se incorpora a la herencia de Adorno la latencia utópica de su pensamiento, presente sobre todo en su teoría estética (Jay, 1988: 4), la cual, al imaginar una humanidad emancipada compuesta por individuos autónomos en libre juego interactivo, permitiría afirmar, como lo hace Eagleton, que “en este sentido, existe la base de una política en la obra de Adorno” (1990: 357).

Con menores reservas y un más amplio respaldo textual y contextual, esa misma afirmación es válida para Herbert Marcuse, quien hacia 1968 pudo declarar que para él “la filosofía se ha vuelto inseparable de la política” (1970: 127). Hasta qué punto una manifestación como ésta hace de Marcuse una contrafigura de Adorno se puede apreciar en las actitudes divergentes que uno y otro adoptaron, en esa época turbulenta, respecto a las movilizaciones estudiantiles, divergencias que pueden seguirse incluso en el intercambio de correspondencia que durante 1969 documentó sus antagónicas posturas³⁴. Tres decenios después, el destino de aquella parte de la producción de Marcuse que mejor encarnaba la articulación de teoría crítica y pensamiento estratégico (nexo éste para el que ningún otro autor frankfurtiano encontró una audiencia tan masiva)³⁵, ha quedado comprometido por la mutación radical de la situación del mundo en la que ese esfuerzo fructificó, y por tanto es preciso buscar en otros componentes de su legado la evidencia de una reserva productiva.

Esta posibilidad parece allanada ahora con la publicación de los *Collected Papers* del filósofo (ver el volumen citado en la nota 21). Su editor, Douglas Kellner, ha hecho notar que, si bien a diferencia de Adorno Marcuse no anticipó la embestida posmoderna contra la razón y la ilustración -su dialéctica, agrega, “no era ‘negativa’”- (Kellner, 1998[b]: XIV), en otros aspectos su lección está viva. La práctica marcusiana de arraigar el trabajo teórico en investigaciones históricas concretas (algo en lo que Marcuse fue fiel a la inspiración original del Instituto) y las áreas precisas en las que ese criterio fue puesto en práctica, hacen resaltar esa inspiración. Ejemplos de tal aseveración son la indagación del papel de la tecnología en las sociedades contemporáneas, que permite distinguir entre las tendencias opresivas y las emancipatorias, su visión del impulso crítico del arte y el pensamiento, y en general, en una época como la actual, de reorganización global del sistema capitalista, la insistencia en el contraste entre el imperio de las

fuerzas de dominación, acompañado de conmociones políticas, y el potencial de liberación (Kellner, 1998[a]: 37-38) que una teoría dialéctica de los procesos sociales puede descubrir y caracterizar en una perspectiva progresista. Ciertamente, todo esto replantea una vez más la permanente tensión entre pensamiento utópico y proyecto político, que en este caso se inscribe en la permanente y necesaria revisión y adaptación de aquellos recursos conceptuales que, originados en la labor acumulativa de la Escuela de Frankfurt, se han integrado ya en los desarrollos continuos de la ciencia social.

Bibliografía

- Abrams, M. H. 1995 “What is a Humanist Criticism?”, en Eddins, Dwight (ed.) *The Emperor Redressed. Critiquing Critical Theory* (Tuscaloosa: The University of Alabama Press).
- Adorno, Theodor W. 1975[a] (1951) *Minima Moralia* (Caracas: Monte Avila).
- Adorno, Theodor W. 1975[b] (1966) *Dialéctica negativa* (Madrid: Taurus).
- Adorno, Theodor W. 1991 (1931) “La actualidad de la filosofía”, en Adorno, Theodor W. *Actualidad de la filosofía* (Barcelona: Paidós).
- Adorno, Theodor W. y Herbert Marcuse 1999 “Correspondence on the German Student Movement”, en *New Left Review* (London) N° 233, Enero-Febrero.
- Adorno, Theodor W. y Walter Benjamin 1998 *Correspondencia (1928-1940)* (Madrid: Trotta).
- Anderson, Perry 1979 (1976) *Consideraciones sobre el marxismo occidental* (Madrid: Siglo XXI).
- Ayçoberry, Pierre 1979 *La question nazie. Les interprétations du national-socialisme 1922-1975* (París: Seuil).
- Bast, Jürgen 1999 *Totalitärer Pluralismus. Zu Franz L. Neumann Analysen der politischen und rechtlichen Struktur der NS-Herrschaft* (Tubinga: Mohr Siebeck).
- Beaud, Olivier 1997 *Les derniers jours de Weimar. Carl Schmitt face à l'avènement du nazisme* (París: Descartes & Cie).
- Benhabib, Seyla 1992 “Autonomy, Modernity, and Community: Communitarianism and Critical Social Theory in Dialogue”, en Honneth, Axel et al. (eds.) *Cultural-Political Interventions in the Unfinished Project of Enlightenment* (Cambridge: The MIT Press).
- Benhabib, Seyla and Fred Dallmayr (eds.) 1990 *The Communicative Ethics Controversy* (Cambridge: The MIT Press).
- Benjamin, Walter 1979[a] *Correspondance* (París: Aubier) Vol. I “1910-1928”.
- Benjamin, Walter 1979[b] *Correspondance* (París: Aubier) Vol. II “1929-1940”.
- Benjamin, Walter 1983/4 “N [Theoretics of Knowledge, Theory of Progress]”, en *The Philosophical Forum*, Vol. XV, N° 1-2, Otoño-Invierno.

- Benjamin, Walter 1991 *Gesammelte Schriften* (Frankfurt: Suhrkamp).
- Benjamin, Walter 1995 *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia* (Santiago de Chile: LOM-ARCIS).
- Benjamin, Walter 1996 *Escritos autobiográficos* (Madrid: Alianza Editorial).
- Berman, Russell A. 1989 *Modern Culture and Critical Theory. Art, Politics, and the Legacy of the Frankfurt School* (Madison: The University of Wisconsin Press).
- Bernstein, Richard J. 1983 *Beyond Objectivism and Relativism. Science, Hermeneutics, and Praxis* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press).
- Bohman, James 1997 “Two Versions of the Linguistic Turn: Habermas and Poststructuralism”, en Passerin d’Entrèves, Maurizio and Seyla Benhabib (eds.) *Habermas and the Unfinished Project of Modernity. Critical Essays on “The Philosophical Discourse of Modernity”* (Cambridge: The MIT Press).
- Bolaffi, Angelo 1982 “Il dibattito sulla Costituzione e il problema della sovranità: saggio su Otto Kirchheimer”, en Kirchheimer, Otto *Costituzione senza sovrano. Saggi di teoria politica e costituzionale* (Bari: De Donato).
- Boyarin, Jonathan 1992 *Storm from Paradise. The Politics of Jewish Memory* (Minneapolis: University of Minnesota Press).
- Bredenkamp, Horst 1998 “Von Walter Benjamin zu Carl Schmitt, via Thomas Hobbes”, en *Deutsche Zeitschrift für Philosophie*, Año 46, Fasc. 6.
- Breines, Paul 1969 “Marcuse y la Nueva Izquierda en Norteamérica”, en Habermas, Jürgen (comp.) *Respuestas a Marcuse* (Barcelona: Anagrama).
- Buck-Morss, Susan 1981 *Origen de la dialéctica negativa. Theodor W. Adorno, Walter Benjamin y el Instituto de Frankfurt* (México: Siglo XXI).
- Buck Morss, Susan 1989 *The Dialectics of Seeing. Walter Benjamin and the Arcades Project* (Cambridge: The MIT Press).
- Buck-Morss, Susan 2000 *Dreamworld and Catastrophe. The Passing of Mass Utopia in East and West* (Cambridge: The MIT Press).
- Cacciari, Massimo 1993 “Racionalidad e irracionalidad en la crítica de lo político en Deleuze y Foucault”, en Tarcus, Horacio (comp.) *Disparen sobre Foucault* (Buenos Aires: El Cielo por Asalto).
- Calhoun, Craig (ed.) 1992 *Habermas and the Public Sphere* (Cambridge: The MIT Press).

Calhoun, Craig 1995 *Critical Social Theory. Culture, History, and the Challenge of Difference* (Oxford: Blackwell).

Caplan, Jane 1995 “Introduction”, en Mason, Tim *Nazism, Fascism and the Working Class* (Cambridge: Cambridge University Press).

Cohen, Margaret 1993 *Profane Illumination. Walter Benjamin and the Paris of Surrealist Revolution* (Berkeley: University of California Press).

Couzens Hoy, David 1997 “Splitting the Difference: Habermas’s Critique of Derrida”, en Passerin d’Entrèves, Maurizio and Seyla Benhabib (eds.) *Habermas and the Unfinished Project of Modernity. Critical Essays on “The Philosophical Discourse of Modernity”* (Cambridge: The MIT Press).

Dews, Peter 1988 *Logics of Disintegration. Post-Structuralist Thought and the Claims of Critical Theory* (Londres: Verso).

Dews, Peter 1992 *Autonomy and Solidarity. Interviews with Jürgen Habermas* (Londres: Verso).

Dubiel, Helmut 1992 “Domination or Emancipation? The Debate over the Heritage of Critical Theory”, en Honneth, Axel et al. (eds.) *Cultural-Political Interventions in the Unfinished Project of Enlightenment* (Cambridge: The MIT Press).

Eagleton, Terry 1981 *Walter Benjamin or Towards a Revolutionary Criticism* (Londres: Verso).

Eagleton, Terry 1990 *The Ideology of the Aesthetic* (Oxford: Basil Blackwell).

Eddins, Dwight (ed.) 1995 *The Emperor Redressed. Critiquing Critical Theory* (Tuscaloosa: The University of Alabama Press).

Eder, Klaus 1992 “Politics and Culture: On the Sociocultural Analysis of Political Participation”, en Honneth, Axel et al. (eds.) *Cultural-Political Interventions in the Unfinished Project of Enlightenment* (Cambridge: The MIT Press).

García Düttman, Alexander 1991 “Tradition and Destruction: Benjamin’s Politics of Language”, en *MLN*, Vol. 106, N° 3, Abril.

Gavagna, Ricardo 1982 *Benjamin in Italia. Bibliografia italiana 1956-1980* (Firenze: Sansoni).

Geli, Patricio 1999 “Franz Neumann o el enemigo como problema. Los regresos de *Behemoth* en la historiografía sobre el nazismo”, en Grillo, María Victoria y Patricio Geli (comps.) *La derecha política en la historia europea con*

temporánea (Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires).

Gilloch, Graeme 1996 *Myth and Metropolis. Walter Benjamin and the City* (Cambridge).

Habermas, Jürgen 1987 “Modernity. An Incomplete Project”, en Rabinow, Paul & William M. Sullivan (eds.) *Interpretive Social Science. A Second Look* (Berkeley: University of California Press).

Habermas, Jürgen 1989[a] *El discurso filosófico de la modernidad* (Buenos Aires: Taurus).

Habermas, Jürgen 1989[b] “The Horrors of Autonomy: Carl Schmitt in English”, en *The New Conservatism. Cultural Criticism and the Historian’s Debate* (Cambridge: Shierry Weber Nichol森, The MIT Press).

Habermas, Jürgen 1990 *Teoría de la acción comunicativa* (Madrid: Taurus) Tomo I y II.

Herz, John H. 1972 “Otto Kirchheimer”, en Boyers, Robert (ed.) *The Legacy of the German Refugee Intellectuals* (Nueva York: Schocken).

Hess, Jonathan M. 1999 *Reconstituting the Body Politic. Enlightenment, Public Culture and Invention of Aesthetic Autonomy* (Detroit: Wayne State University Press).

Honneth, Axel 1991 *The Critique of Power. Reflective Stages in a Critical Social Theory* (Cambridge: The MIT Press).

Honneth, Axel 1995 *The Struggle for Recognition. The Moral Grammar of Social Conflicts* (Cambridge: Polity Press).

Horkheimer, Max 1974 (1937) “Teoría tradicional y teoría crítica”, en Horkheimer, Max *Teoría crítica* (Buenos Aires: Amorrortu).

Horkheimer, Max y T. W. Adorno 1970 (1947) *Dialéctica del iluminismo* (Buenos Aires: Sur).

Jameson, Fredric 1990 *Late Marxism. Adorno, or The Persistence of the Dialectics* (Londres: Verso).

Jay, Martin 1966 *The Dialectical Imagination. A History of the Frankfurt School and the Institute of Social Research 1923-1950* (Berkeley: University of California Press).

Jay, Martin 1984 *Marxism and Totality, The Adventures of a Concept from Lukács to Habermas* (Berkeley: University of California Press).

Jay, Martin 1987 “Reconciling the Irreconcilable? Rejoinder to Kennedy”, en *Telos. A Quarterly Journal of Post-Critical Thought*, N° 71, Primavera.

Jay, Martin 1988 *Adorno* (Madrid: Siglo XXI).

Jay, Martin 1993 “The Aesthetic Ideology as Ideology: Or What Does it Mean to Aestheticize Politics?”, en Jay, Martin *Force Fields. Between Intellectual History and Cultural Critique* (Nueva York: Routledge).

Jurist, Elliot J. 1994 *Constellations*, Vol. 1, N° 1.

Kalyvas, Andreas 1999 “Review essay. Who’s afraid of Carl Schmitt?”, en *Philosophy & Social Criticism*, Vol. 25, N° 5, Septiembre.

Katz, Barry M. 1987 “The Criticism of Arms: The Frankfurt School Goes to War”, en Katz, Barry M. *Journal of Modern History* Vol. 59, N° 3, Septiembre.

Kellner, Douglas (ed.) 1998[a] “Technology, War and Fascism: Marcuse in the 1940s”, en *Collected Papers of Herbert Marcuse* (Londres: Routledge) Tomo 1.

Kellner, Douglas (ed.) 1998[b] “The Unknown Marcuse: New Archival Discoveries”, prefacio a *Collected Papers of Herbert Marcuse* (Londres: Routledge) Tomo 1.

Kennedy, Ellen 1987 “Carl Schmitt and the Frankfurt School”, en *Telos. A Quarterly Journal of Post-Critical Thought* N° 71, primavera.

Kershaw, Ian 1992 *Qu’est-ce que le nazisme? Problèmes et perspectives d’interprétation* (París: Gallimard).

Kirchheimer, Otto 1961 *Political Justice. The Use of Legal Procedure for Political Ends* (Princeton).

Korsch, Karl 1964[a] (1923) *Marxisme et philosophie* (París: Editions de Minuit).

Korsch, Karl 1964[b] (1930) “El estado actual del problema. (Anticrítica)”, en Korsch, Karl *Marxisme et philosophie* (París: Editions de Minuit).

Krahl, Hans-Jürgen 1974 “The Political Contradiction in Adorno’s Critical Theory”, en *Telos. A Quarterly Journal of Post-Critical Thought*, N° 21.

Krohn, Claus-Dieter 1993 *Intellectuals in Exile. Refugee Scholars and the New School for Social Research* (Amherst: The University of Massachusetts Press).

Landry, Lorraine Y. 2000 “Beyond the ‘French Fries and the Frankfurter’: an agenda for critical theory”, en *Philosophy & Social Criticism*, Vol. 26, N° 2, Marzo.

Löwy, Michael 1996 “‘Against the Grain’: The Dialectical Conception of Culture in Walter Benjamin’s Theses of 1940”, en Steinberg, Michael P. (ed.) *Walter Benjamin and the Demands of History* (Ithaca: Cornell University Press).

Lukács, Georg 1960 (1923) *Histoire et conscience de classe. Essais de dialectique marxiste* (París: Editions de Minuit).

Marcuse, H. 1970[a] (1934) “La lucha contra el liberalismo en la concepción totalitaria del Estado”, en *Cultura y Sociedad* (Buenos Aires: Sur).

Marcuse, Herbert 1970[b] (1937) “Filosofía y teoría crítica”, en Marcuse, H. *Cultura y sociedad* (Buenos Aires: Sur).

Marcuse, Herbert 1970[c] “La liberación de la sociedad opulenta”, en Marcuse, Herbert *Ensayos sobre política y cultura* (Barcelona: Ariel).

Marcuse, H. 1971 (1941) *Razón y Revolución. Hegel y el surgimiento de la teoría social* (Madrid: Alianza).

Marramao, Giacomo 1979 *Il politico e le trasformazioni. Critica del capitalismo e ideologie della crisi tra anni Venti e anni Trenta* (Bari: De Donato).

Marramao, Giacomo 1989 *Poder y secularización* (Barcelona: Península).

Mason, Tim 1995 “The Primacy of Politics. Politics and Economics in National Socialist Germany”, en Mason, Tim *Nazism, Fascism and the Working Class* (Cambridge: Cambridge University Press).

McCarthy, Thomas 1992[a] “Philosophy and Social Practice: Avoiding the Ethnocentrism Predicament”, en Honneth, Axel et al. (eds.) *Philosophical Interventions in the Unfinished Project of Enlightenment* (Cambridge: The MIT Press).

McCarthy, Thomas 1992[b] “Practical Discourse: On the Relation of Morality to Politics”, en Calhoun, Craig (ed.) *Habermas and the Public Sphere* (Cambridge: The MIT Press).

Melossi, Dario 1978 “Mercato del lavoro, disciplina, controle sociale. Una discussione del testo”, en Rusche, Georg y Otto Kirchheimer *Pena e struttura sociale* (Bologna: Il Mulino).

Mensching, Günther 1980 “Le tesi di filosofia della storia di Walter Benjamin”, en Rella, Franco (comp.) *Critica e Storia* (Venecia: Cluva).

Merleau-Ponty, Maurice 1957 (1955) *Las aventuras de la dialéctica* (Buenos Aires).

- Missac, Pierre 1987 *Passage de Walter Benjamin* (París: Seuil).
- Mouffe, Chantal (comp.) 1999 *The Challenge of Carl Schmitt* (Londres: Verso).
- Neumann, Franz 1968 (1957) *El estado democrático y el Estado autoritario* (Paidós: Buenos Aires).
- Neumann, Franz 1983 (1942) *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacional-socialismo* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Norris, Christopher 1997 “Deconstruction, Postmodernism and Philosophy: Habermas on Derrida” en Passerin d’Entrèves, Maurizio and Seyla Benhabib (eds.) *Habermas and the Unfinished Project of Modernity. Critical Essays on “The Philosophical Discourse of Modernity”* (Cambridge: The MIT Press).
- Osborne, Peter 1993 *Radical Philosophy*, N° 65, Otoño.
- Osborne, Peter 1996 *Radical Philosophy*, N° 80, Noviembre-Diciembre.
- Pollock, Friedrich 1973 (1941) “Capitalismo di stato: possibilità e limiti”, en Pollock, Friedrich *Teoria e prassi dell’economia di piano. Antologia degli scritti 1928-1941* (Bari: De Donato).
- Pollock, Friedrich 1981 (1941) “Il nazionalsocialismo è un ordine nuovo?”, en Marramao, Giacomo (comp.) *Tecnologia e potere nelle società post-liberali* (Nápoles: Liguori).
- Poster, Mark 1989 *Critical Theory and Post-Structuralism. In Search of a Context* (Ithaca: Cornell University Press).
- Preuss, Ulrich K. 1987 “The Critique of German Liberalism: Reply to Kennedy”, en *Telos. A Quarterly Journal of Post-Critical Thought*, N° 71, primavera.
- Racinaro, Roberto 1982 “Hans Kelsen y el debate sobre democracia y parlamentarismo en los años veinte y treinta”, en Kelsen, Hans *Socialismo y Estado. Una investigación sobre la teoría política del marxismo* (México: Siglo XXI).
- Reyes Mate, M. 1991 “Benjamin o el primado de la política sobre la historia”, en *Isegoría* N° 4, Octubre.
- Rochlitz, Rainer 1996 *The Disenchantment of Art. The Philosophy of Walter Benjamin* (Nueva York: The Guilford Press).
- Rose, Gillian 1978 *The Melancholy Science. An Introduction to the Thought of Theodor W. Adorno* (Nueva York: Columbia University Press).
- Rusche, Georg y Otto Kirchheimer 1978 (1939) *Pena e struttura sociale* (Bologna: Il Mulino).

Scheuerman, William E. 1997 *Between the Norm and the Exception. The Frankfurt School and the Rule of Law* (Cambridge: The MIT Press).

Schiavoni, Giulio 1980 *Walter Benjamin. Sopravvivere alla cultura* (Palermo: Sellerio).

Schmidt, James 1997 "Habermas and Foucault", en Passerin d'Entrèves, Maurizio and Seyla Benhabib (eds.) *Habermas and the Unfinished Project of Modernity. Critical Essays on "The Philosophical Discourse of Modernity"* (Cambridge: The MIT Press).

Schmitt, Carl 1933 *Staat, Bewegung, Volk* (Hamburgo).

Schmitt, Carl 1993 (1956) *Hamlet o Hécuba. La irrupción del tiempo en el drama* (Valencia: Pre-Textos).

Smith, Gary 1979 "Walter Benjamin: A Bibliography of Secondary Literature", en *New German Critique*, N° 17, primavera.

Smith, Gary 1988 "Bibliography", en Smith, Gary *On Walter Benjamin. Critical Essays and Recollections* (Cambridge: The MIT Press).

Söllner, Alfons 1987 "Beyond Carl Schmitt: Political Theory in the Frankfurt School", en *Telos. A Quarterly Journal of Post-Critical Thought*, N° 71, primavera.

Sprinker, Michael 1999 "The Grand Hotel Abyss", en *New Left Review* (London) N° 237, Septiembre-Octubre.

Tiedemann, Rolf 1983/4 "Historical Materialism or Political Messianism? An Interpretation of the Theses 'On the Concept of History'", en *The Philosophical Forum*, Vol. XV, N° 1-2, Otoño-Invierno.

Tyson, Lois 1999 *Critical Theory Today. A User-Friendly Guide* (Nueva York: Garland Publishing).

Vacatello, Marzio 1972 *Th. W. Adorno: il rinvio della prassi* (Florencia: La Nuova Italia).

Villacañás, José L. y Román García 1996 "Walter Benjamin y Carl Schmitt: Soberanía y Estado de excepción", en *Daimon. Revista de Filosofía* N° 13, Julio-Diciembre.

Weigel, Sigrid 1996 *Body and image space. Re-reading Walter Benjamin* (Nueva York).

Wiggershaus, Rolf 1994 *The Frankfurt School and the Institute of Social Research. Its History, Theories, and Political Significance* (Cambridge: Massachusetts, The MIT Press).

Wohlfarth, Irving 1986 “Et Cetera? De l’historien comme chiffonnier”, en Wismann, Heinz (ed.) *Walter Benjamin et Paris* (París: Les Editions du Cerf).

Wohlfarth, Irving 1996 “Smashing the Kaleidoscope: Walter Benjamin’s Critique of Cultural History”, en Steinberg, Michael P. (ed.) *Walter Benjamin and the Demands of History* (Ithaca: Cornell University Press).

Notas

1 El apartado bibliográfico en el que figura el libro de Adorno y Horkheimer corresponde al capítulo “Crítica marxista” e incluye, curiosamente, entre sus escasos títulos, *Teoría de la clase ociosa* de Veblen y *La ética protestante* de Weber (Tyson: 1999: 78). Ya unos años antes, en otro libro panorámico, “Critical Theory” era el nombre común de una constelación parecida que tampoco incluía a la Escuela de Frankfurt. Allí, las teorías abarcadas con ese nombre iban “desde el estructuralismo, pasando por la deconstrucción y otros esquemas post-estructurales y prácticas interpretativas hasta algunos tipos del actual Nuevo Historicismo” (Eddins, 1995). La cita corresponde al primer artículo de la compilación (Abrams, 1995: 13). Todavía en 1989 un autor norteamericano podía distinguir -para luego conectar- las diferentes tradiciones involucradas cuando, en la Introducción de su texto, afirmaba: “la tesis de mi libro es que la teoría post-estructuralista tiene mucho que ofrecer a la reconstrucción de la teoría crítica” (Poster, 1989: 3). Hacia la misma época, un crítico inglés encaraba diferentemente la relación de una a otra corriente, a saber, como “una serie de contrastes, *rapprochements...* [y] notables convergencias entre la interpretación frankfurtiana del marxismo y el pensamiento post-estructuralista” (Dews, 1988: XVI-XVII).

2 Horkheimer: “Teoría tradicional y teoría crítica” (1937), en la selección del mismo autor *Teoría crítica* (1974), Marcuse: “Filosofía y teoría crítica” (1937), en H. Marcuse *Cultura y sociedad* (1970).

3 El “Prefacio para la nueva publicación”, fechado por Horkheimer en abril de 1968, en *Teoría Crítica* (9-14). Una reciente presentación de conjunto de las posiciones políticas involutivas de Horkheimer, cuya acrimonia alcanza a otros miembros del Instituto, puede encontrarse en el artículo póstumo de Michael Sprinker (1999: 115-136).

4 “La recuperación del problema *marxismo y filosofía* sería ya necesaria desde el solo punto de vista teórico... Pero, como para el problema *marxismo y Estado*, es evidente que la tarea teórica nace aquí también de las exigencias y las necesidades de la praxis revolucionaria” (Korsch, 1964: 104).

5 Si se deja de lado la alusión de Karl Korsch (1930) a la comunidad de perspectiva filosófica que existiría entre sus “escritos, los de Lukács y otros comunistas ‘occidentales’”, es sólo a mediados de los años cincuenta cuando la fórmula, con el adjetivo aún entrecomillado (“El marxismo ‘occidental’”), aparece en un libro importante para caracterizar las posiciones filosóficas de Lukács en 1923. Respectivamente, Karl Korsch: “El estado actual del problema. (Anticrítica)”, texto de 1930 incluido en *Marxisme et philosophie* (40) y Maurice Merleau-Ponty: *Las aventuras de la dialéctica* (1957) (ver título del cap. II). Dos décadas después, con la expresión ya normalizada, Perry Anderson presenta un panorama considerablemente abarcativo, en épocas y en diversidad interna, en sus notorias *Consideraciones sobre el marxismo occidental* (1979).

6 El libro de Lukács, publicado originalmente en 1923 (Berlín, Malik Verlag), ejerció una nueva influencia a partir de la no autorizada edición francesa (*Histoire et conscience de classe. Essais de dialectique marxiste*, 1960) y de la finalmente convalidada reedición que Lukács permitió en 1968 haciéndola preceder de un prólogo autocrítico.

7 Las respectivas interpretaciones de Pollock y Neumann, así como su cotejo, figuran analizadas en Giacomo Marramao (1979: 214-221 y 254-258). Para un encuadramiento más general que tiene en cuenta las orientaciones del Instituto en el exilio, cf. Martin Jay (1966: cap. 5) y Rolf Wiggershaus (1994: 280-291).

8 El compilador de la antología, Giacomo Marramao, la ha hecho preceder de un iluminador encuadramiento histórico: “Note sul rapporto di economia politica e teoria critica” (11-47).

9 Una consideración problemática de esta cuestión figura en un artículo de Pollock de 1941, “Il nazionalsocialismo è un ordine nuovo?”, en Marramao (1981). El volumen recoge una serie de trabajos sobre aspectos económicos, políticos y jurídicos de la Alemania nazi publicados en una entrega de *Studies in Philosophy and Social Science* (revista sustituta de la *Zeitschrift für Sozialforschung*) (1941). Es muy útil la “Introduzione” (9-48) de Marramao a su compilación.

10 Algunas prolongaciones de los temas del libro figuran en Franz Neumann (1968).

11 Para una evaluación reciente de la incidencia de las tesis de Neumann en la discusión en curso sobre distintos aspectos de la conceptualización del nazismo, cf. Patricio Geli (1999: 117-147).

12 En “Raul Hilberg, historiador de la *Shoa*. Perspectivas y discusiones en relación a su obra”, Federico Finchelstein evoca un aspecto poco conocido de la actividad académica de Neumann vinculada con su especialización en la historia de la Alemania nazi: su aceptación de la dirección de una tesis que elaboraría Hilberg (dirección interrumpida por su muerte en 1954) y que culminaría en el libro clásico de este autor, *The Destruction of the European Jews* (1961). El texto de Finchelstein es una comunicación presentada en las VII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Neuquén, 1999.

13 Aunque el autor no menciona su vinculación personal con Kirchheimer en la breve semblanza intelectual que lo tiene por objeto, otros estudiosos se refieren a ella. Bolaffi, quien cita la antología *Politics, Law and Social Change. Selected Essays by Otto Kirchheimer*, indica que sus compiladores, John H. Herz y Erich Hula (este último, antiguo asistente de Hans Kelsen en el Instituto de Derecho Internacional de Colonia) habían sido “discípulos de Kirchheimer” (XVII). Por otro lado, Claus-Dieter Krohn recuerda la participación conjunta de Herz y Kirchheimer tanto en la división de investigaciones del Office of Strategic Services como luego en la Rand Corporation (1993: 176-177). Por lo demás, la participación de los emigrados izquierdistas en oficinas gubernamentales norteamericanas durante la guerra y la inmediata post-guerra ha sido estudiada en detalle, con abundantes referencias a los casos de Otto Kirchheimer, Franz Neumann y Herbert Marcuse -entre otros- en Barry M. Katz (1987: 439-478) y en Douglas Kellner (1998[a]: 1-38).

14 El citado artículo de Bolaffi ocupa las páginas XI-CXII del volumen mencionado.

15 Distintas referencias a la polémica anti-schmittiana de Kirchheimer pueden encontrarse en Marramao (1989: 160 y 286), Racinaro (1982: 116 y 126-127 -entre muchos otros comentarios sobre la posición de Kirchheimer en el mencionado debate) y Beaud (1997: 85-86, 142-144, 161-163 y 206-207).

16 El artículo integra una “Special Section on Carl Schmitt and the Frankfurt School” de ese número de la revista.

17 La carta no está incluida en la compilación de la correspondencia de Benjamin que efectuaron Scholem y Adorno (Benjamin[a] y [b], 1979), pero sí en la edición de las obras completas de Benjamin a cargo de Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser (Frankfurt am Main, 1974-1989), de donde la ha tomado recientemente Horst Bredekamp (1998: 901-916). En la carta, fechada el 9 de diciembre de 1930, Benjamin le anuncia a Schmitt que recibirá un ejemplar de su *Ursprung des deutschen Trauerspiels* y podrá advertir cuánto le debe a él la presentación de la doctrina de la soberanía en el siglo XVII que allí figura. Agrega que en los últimos libros de Schmitt, y especialmente en *La dictadura*, ha encontrado una “confirmación” (*Bestätigung*) de sus propias

modalidades de investigación en filosofía del arte a partir de las utilizadas por Schmitt en filosofía del Estado (1998: 903). Si bien no se ha conservado respuesta alguna de Schmitt a esa carta, en un texto suyo muy posterior hay elementos que permiten hablar de una deuda recíproca y a partir del mismo escrito benjaminiano aludido. En efecto, en la “Observación preliminar” a su *Hamlet o Hécuba. La irrupción del tiempo en el drama* (1993), original alemán de 1956, Schmitt incluye *El origen del drama barroco alemán* entre unos pocos libros a los que, dice, “debo valiosas informaciones y observaciones esenciales” (5).

18 Ver el tercero de los “Currículos” redactados por Benjamin e incluidos en sus *Escritos autobiográficos* (1996: 58).

19 Ver el mencionado artículo de Horst Bredekamp (1998) y también el de José L. Villacañas y Román García (1996: 41-59).

20 Jay recuerda también que esa incompatibilidad fue aludida intencionalmente por Herbert Marcuse cuando, hacia el final de *Reason and Revolution* -escrito durante la guerra en su exilio norteamericano-, cita una fórmula de Schmitt de 1933 según la cual “el día en que Hitler subió al poder ‘Hegel, por así decirlo, murió’” (Marcuse, 1971: 406). Jay podría haber citado también una anterior aparición de la misma referencia en otro texto de Marcuse: “La lucha contra el liberalismo en la concepción totalitaria del Estado” (Marcuse, 1970: 44, n. 74). En ambos casos, la remisión es al texto de Schmitt *Staat, Bewegung, Volk* (1933: 32).

21 Ninguna de las réplicas mencionadas debilitó el aplomo de Ellen Kennedy, quien reiteró su argumentación en un número posterior de la revista (Kennedy, 1987: 101-116).

22 Ese es el planteo de Chantal Mouffe en la presentación (“Introduction: Schmitt’s Challenge”) de su compilación *The Challenge of Carl Schmitt* (1999: 6). Se trataría, para Mouffe, de leer a Schmitt “no para atacar a la democracia liberal, sino para preguntarse cómo ésta puede ser mejorada” (1999: 6); responder al desafío de Schmitt consistiría, para una política liberal-democrática, en sustituir el antagonismo por el agonismo, es decir, el enfrentamiento entre enemigos por la confrontación entre adversarios (1999: 4-5). Igualmente favorable a una incorporación productiva de Schmitt para desarrollar las “potencialidades inexploradas de una teoría democrática radical” es el estudio de Andreas Kalyvas (1999: 87-125 -la cita es de la página 89). Versiones menos complacientes con la promesa liberal pueden encontrarse en los dos números especiales que la revista *Telos* dedicó al examen de las temáticas schmittianas: n° 72, verano 1987, y n° 109, otoño 1996. En sentido contrario, una severa desestimación de la recuperación de Schmitt, hecha desde un punto de vista receptivo a la tradición de la teoría liberal y a la coordinación de

ésta última con los presupuestos universalistas de la democracia participativa puede encontrarse en Jürgen Habermas “The Horrors of Autonomy: Carl Schmitt in English” (1989[b]: 128-139).

23 Índice elocuente de esta extendida modalidad es que una misma revista haya dedicado, en el transcurso de un decenio, cuatro números monográficos a Benjamin. Ver *New German Critique*, N° 17, primavera de 1979; N° 34, invierno de 1985; N° 39, otoño de 1986; N° 48, otoño de 1989.

24 Ya en 1982 apareció un libro consagrado a recoger el inventario de lo publicado sobre Benjamin en una sola lengua (ver Gavagna, 1982). En inglés, un mismo estudioso hizo conocer, sucesivamente, dos índices bibliográficos sobre Benjamin (Gary Smith, 1979: 189-208 y 1988: 371-392).

25 Las “Tesis”, regularmente publicadas bajo esa denominación a partir de su inclusión en *Schriften* (selección de textos de Benjamin editados por Adorno para Suhrkamp, Frankfurt, en 1955) como “Geschichtsphilosophische Thesen”, figuran bajo su título originario -“Über den Begriff der Geschichte”- en la traducción anotada que realizó Pablo Oyarzún Robles y a la que agregó las notas preparatorias de esa composición. En uno y otro caso, la fuente utilizada es la de las obras completas de Benjamin, *Gesammelte Schriften*, edición de Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser (1991) (ver Benjamin, 1995: 45-107).

26 Las acusaciones tenían que ver con las presuntas manipulaciones de los textos de Benjamin, por parte de Horkheimer y Adorno, hechas con la finalidad de atenuar o suprimir las formulaciones ostensiblemente marxistas.

27 Carta de Adorno a Benjamin, fechada en Londres el 18 de marzo de 1936, en Theodor W. Adorno y Walter Benjamin (1998: 135). Oponiéndose a una prematura supresión del carácter autónomo de la obra de arte, Adorno previene asimismo contra “un romanticismo anárquico que confía ciegamente en la autonomía del proletariado en el proceso histórico” (1998: 135-136).

28 Ver los ensayos agrupados en J. Habermas (1989[b]).

29 Ver también la compilación de Peter Dews (1992).

30 En este caso, mi comentario se basa en las siguientes tres fuentes: la reseña del original alemán por Elliot J. Jurist (1994: 171-180); la de la traducción inglesa por Peter Osborne (1996: 34-37) y la entrevista con el autor, realizada por el mismo Osborne (1993: 33-41). En este diálogo, Honneth se manifiesta escéptico sobre la existencia de una “tercera generación”, aunque acepta su posibilidad futura (36-37).

31 Entre otros, Giulio Schiavoni (1980); Irving Wohlfarth (1996: 190-205); Michael Löwy (1996: 206-213); Pierre Missac (1987). Inserta en esa política

de la cultura está, desde luego, aquella que razona la inscripción social de la obra de arte y, también, los usos ideológicos del sentimiento estético. En este sentido, la conocida denuncia benjaminiana de la estetización fascista de la política ha continuado alimentando análisis y polémicas. Ver, al respecto, Russell A. Berman (1989: 34-40), Martin Jay (1993: cap. 6), Jonathan M. Hess (1999: parte I, cap. 2).

32 Ver el título del libro de M. Vacatello citado.

33 La autora incorpora, en el título de su libro, la expresión con la que se abre la dedicatoria de una de las más conocidas obras de Adorno. Ver, de este autor, *Minima Moralia* (1975: 9).

34 Adorno y Marcuse y la introducción de Esther Leslie en *New Left Review* (1999: 118-136).

35 Un ejemplo, entre muchos, de esa repercusión se puede encontrar en Paul Breines (1969: 130-148).